

El General Mosquera

Don Joaquín Tamayo ha publicado, por medio de los linotipos de "Cromos", un nuevo libro. Se trata del general Mosquera, personaje que en vida dio mucho qué hacer a liberales y conservadores, y cincuenta y ocho años después de muerto enciende todavía las pasiones en torno de su nombre.

El libro de Tamayo no es una biografía que pueda servir de consulta o de instrucción para quienes no sepan los detalles de vida del Gran General; es un libro de interpretación histórica. Y aquí quiero hacer una aclaración que juzgo necesaria.

La aparición de la biografía novelada ha traído un chaparrón de injurias contra toda la manera antigua de escribir historia y por este camino se han llegado a cometer injusticias notorias, entregando a la condenación y relegando al olvido zonas enteras de antiguos y meritorios trabajos históricos. El sistema de dividir por épocas lo bueno y lo malo es siempre expuesto a error. La biografía hoy en boga, tampoco es de hoy. Sin remontarnos a griegos y romanos, tenemos en Voltaire y en Macaulay, dos grandes intérpretes de tiempos y de hombres que, sin desdeñar las reglas permanentes del arte de escribir, y el respeto a la verdad histórica, hicieron obras tan sólidas como amenas. En la historia novelesca se corre el peligro de caer en la superficialidad y de descuidar demasiado el estudio de las fuentes. Tan malo es el fanatismo del documento y de la fecha como el olvido sistemático de estos instrumentos. En definitiva, lo que se necesita para que una obra histórica llegue fácilmente al público de su día y perdure al mismo tiempo, es que el autor sepa guardar el debido equilibrio; que se quite a ratos los lentes de la investigación, dejando trabajar la imaginación sin querer tampoco estar en todo momento en trance de originalidad para conquistar el aplauso inmediato de los cronistas de primera intención.

Decía don Miguel Antonio Caro, citando a su abuelo Tovar, que la gramática era al estilo lo que el andamio a la construcción: un edificio para ser construido requiere el andamio, pero casa que una vez concluida deje ver los palos del andamiaje es fea. Libro sin gramática es imposible, obra literaria a que se le vea la gramática es detestable. Trasladando esta fina observación al campo histórico podemos decir que libro de este género a que no haya precedido un cuidadoso estudio de documentos, arriesga ser uno de tantos novelines con que han inundado las librerías mediocres imitadores de Strachey, de Belloch, de Maurois. De lo que son los otros, los de la fecha escueta y el comprobante como único condimento, no tenemos para que hablar de nuevo; bastante lo hemos hecho en otras ocasiones.

O mucho me engaño o Joaquín Tamayo en los dos libros que lleva publicados, ha salvado airesamente uno y otro obstáculo, y nos está sirviendo biografías que pueden leer los profanos con agrado y provecho, y abren a los aficionados y a los buenos catadores, campos nuevos de discusión y de estudio en donde la crítica puede trabajar mucho más, con beneficio evidente para el mejor conocimiento de nuestros hombres y costumbres; porque no voy a incurrir en la tontería de decir que este libro que comento levemente, es una obra definitiva sobre Mosquera... en definitiva no hay ninguna definitiva. Es sí el primer libro relativo a este hombre que abandona nuestra rutina biográfica. Es la interpretación de una figura histórica por un hombre que ha vivido época muy distinta de aquella en que se movió el Gran General; que adquirió en el propio hogar, colmado de recuerdos políticos de la Nueva Granada, la afición a indagar sobre un pasado en que varios de los suyos fueron algo más que espectadores pasivos. Encaminóse por aquí a estudiar a su bisabuelo materno; en las lecturas hechas para escribir la biografía del señor Plata, tropezó más de una vez con aquel payanés inquieto y altanero que había nacido de padres honrados un jueves primer día de menguan-

te del mes de septiembre de 1798, y le entró la tentación que ha llevado a término feliz en el bello libro que acaba de publicar.

Vive pues, de hoy en adelante el Mosquera de Tamayo, como un valor efectivo y propio, y a él habrá que volver siempre que se trate de analizar la figura interesante y discutida del estratega de Cuaspud.

No todos los colombianos de hoy aceptaremos ciertamente todas y cada una de las apreciaciones del libro de Tamayo, ni a él, que es ante todo inteligente, le gustaría la aceptación resignada y pasiva de una obra trabajada largamente con amoroso entusiasmo. Pero unos y otros tenemos que convenir en que es un libro que no puede pasar inadvertido, y que aparte de su mérito como estudio sicológico, y como mirada intensa y comprensiva sobre un período de vida nacional especialmente agitado en que se incubaron acontecimientos trascendentales, tiene altorelieves de una precisión de líneas, de una belleza de estilo, y sobre todo, de esa comprensión sintética del conjunto de una situación, presentada con todo el colorido de la época.

Veamos, por ejemplo, cómo inicia el capítulo relacionado con la revolución de Melo:

“A las cinco tronó el cañón en la plaza; una faja de luz descendía del cerro y comenzó el día. Las gallinas bajaron de los árboles; los asnos, cargados de víveres, de las puertas de las ventas treparon por la calleja que va al mercado y allí el ruido de la fusilería y el repique de las campanas detuvo su marcha. El general Melo montó en el zaino; iba de grande uniforme, con cintajos, medallas, espadín y sombrero de plumas. Pasó revista a la tropa, dio dos o tres vueltas para lucir el caballo y satisfecho de la aventura, rodeado de sus amigos, fue a Palacio a convencer a Obando de la bondad del negocio... El 17 de abril de 1854 fue un gran día para los artesanos de Bogotá”.

¿Verdad que está el momento captado con singular perfección?

Salvo el magistral estudio de Raimundo Rivas, no se ha-

bía entrado, que recordemos, en el estudio a fondo del general Mosquera antes del libro de Tamayo. La razón es muy clara. La vida política colombiana se ha desarrollado rígidamente dentro de las organizaciones partidistas. Nacemos liberales o conservadores, morimos conservadores o liberales; bajo nuestro rótulo correspondiente, podemos darnos el lujo, muy callado eso sí, de pensar sobre los hombres y las cosas lo que nos dé la gana, pero a tiempo de obrar políticamente debemos hacerlo con la más estricta sujeción a las normas oficiales del respectivo partido. El general Mosquera, apesar de haber asegurado con su espada el poder a uno y otro de los dos bandos tradicionales, no fue jamás hombre de partido. Los sirvió, mejor dicho se sirvió de ellos, los dominó, pero no tuvo el menor inconveniente en abandonarlos cuando los sintió mal parados ante la opinión pública. Practicó en su política una especie de parlamentarismo de hecho y a campo raso que le llevaba a escoger sus colaboradores (ministros o tenientes) entre los grupos que le aportarían mayor fuerza en un momento dado, sin preocuparse por inquirir a quién correspondía, por derecho de conquista el usufructo del Gobierno, y muchísimo menos se preocupaba en ese día por que le llamaran tráfuga o *pasado*.

Se acomodan difícilmente los hombres que pasan de cierta altura a la pobre y ramplona existencia que proporciona la rígida y antipática disciplina que dictan y mantienen los directorios políticos. “Me llaman tráfuga”, me dijo una vez en su voz sorda el general Quintero Calderón, y añadió subrayando con su sonrisa de viejo zorro curado en los campos de batalla y en las lides políticas, “Tráfuga! Ennoblezcamos el término”. No es menester para safarse la coyunda sectaria haber llegado a la grandeza; basta, como en el caso del general Quintero, tener una noción clara de la libertad interior.

Sus campañas del 40 le dieron la presidencia conservadora del 45. El, el iniciador en Guayaquil de la dictadura boliviana, no tuvo empacho en llamar a la cartera de Hacienda a un setembrista, y en hacerse el sordo a la algarada del 7 de marzo que victoreaba al mismo López que había alzado

bandera contra los bolivianos en 1828 y en 1830. El, el implacable perseguidor de Obando, buscó la amistad del "Tigre" para incorporar en su ejército los batallones negros que derribaron a Ospina su antiguo copartidario. ¿Ambición personal? Sin duda la había y en alta dosis.

Pero también había de la otra, de la que quiere el mando para darse el placer de grandes, de empujar el país fuertemente hacia un mejor porvenir. Fascinado por la gloria de Bolívar que le fue dado contemplar en pleno cenit, vivió poseído por la noble obsesión de ser el reconstructor de su obra. Imperialista, soñó con independizar a Cuba. Cuando cayó, después de mayo, dijeron sus enemigos que habían encontrado un estandarte con las armas de Mosquera orladas por esta inscripción: "Tomás I, emperador de los Andes, rey de Cuba". *Si non é vero e ben trovato.*

Diplomático sagaz, estrategia no igualado en América después de la independencia, estuvo siempre listo a mezclar la tinta de sus embajadores a la sangre de sus soldados. El mapa de Codazzi que él ordenó, mapa que sin él nos parece utópico, romántico, irrealizable; con él en el poder, libre de asambleas, de prensa, de congresos, resulta un mapa efectivo, real, imperialista. Ese mapa, que es hoy una curiosidad de mapoteca, es el mejor documento en favor del Gran General, su mayor defensa, su verdadero programa, la justificación quizás de su dictadura latente. Dictador en potencia que durante los treinta años de la Nueva Granada forcejeó entre las mallas del viejo legalismo colonial, por ver de realizar su concepto de gobierno simplista, personal y agresivo como la hoja de su espada.

La época comprendida entre la muerte del General y los primeros años del presente siglo no fue propicia al juzgamiento acertado de su figura y de su obra. Por sobre todas sus actividades públicas flotaba su insistente, su innegable tendencia a la dictadura, y para los colombianos —liberales y conservadores— constituyeron los gobiernos personales, y aun la simple enunciación de ellos, el verdadero enemigo común; el único peligro efectivo y grande ante el cual desaparecían diferencias ideológicas y odios hereda-

dos. Se explica, pues, la renuencia de los escritores liberales a entrar en el análisis frío de quien encarnó aquí el más puro cesarismo, y a quien, por otra parte, le debió el liberalismo en ocasión memorable la adquisición del poder. De otro lado las plumas conservadoras no podían, sin caer en censura, perdonar nada o siquiera conceder algo al desertor. Fenómeno paralelo al de los políticos liberales con Núñez, cuyo nombre, dado a una provincia, fue borrado ahora con saña, sin que se hubiera levantado una voz en el congreso o en la prensa que señalara lo pueril de venganza tan escasa de elegancia y de grandeza.

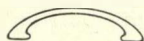
Han variado notablemente las cosas después de la Gran Guerra; y como siempre, la influencia de los acontecimientos ocurridos en Europa, no ha tardado en penetrar en nuestra América. El avance del comunismo encontró en la dictadura el único dique capaz de detenerlo. Los partidos clásicos están más o menos liquidados; el fascismo y el comunismo son las únicas fuerzas políticas visibles y apreciables que quedan sobre el haz del planeta. El elogio de la dictadura, la simpatía por los herederos políticos de César, no es hoy un pecado, ni muchísimo menos.

Era una noche del año 32; celebraba la Escuela Militar de Bogotá sus bodas de plata con un gran banquete. Los criados acabaron de servir el champaña; el presidente Olaya Herrera se levantó y con su elocuencia de los grandes días hizo un elogio fervido del general Reyes y del Arzobispo Herrera, hombres de puño recio que en sus esferas respectivas proclamaron y mantuvieron la fórmula aquella que en la España de doña Cristina y de don Carlos, condensó en tres palabras el general Narváez: quien manda, manda.

Aplaudimos sinceramente todos los concurrentes, entre los cuales estábamos no sólo los testigos del 13 de marzo, sino algunos discípulos de aquel humanista que en cierta remota madrugada de mayo apagó con su mano fina de maestro el motor de la dictadura. . . No escribíamos ya con mayúscula la palabra *ideas*, y los *principios* todopoderosos habían dejado de iluminar la conciencia de los hombres.

Don Tomás Cipriano de Mosquera está de moda. Aquí, en cualquier parte, su vida y sus hazañas, sus hechos y sus dichos, llamarán la atención, y despertarán la curiosidad y el elogio. Por las páginas del libro de Tamayo, rota la mandíbula por las balas de los muchachos de Agualongo, altivo, rencoroso, galante, dominador y cruel, pasa el general Mosquera como uno de esos marqueses que exhuma Valle Inclán de las tumbas más gloriosas de Galicia, de Asturias, de Castilla, para traerlos a las páginas de sus *Sonatas* arropados en la capa de su prosa sonora y magnífica.

TOMAS RUEDA VARGAS,
Consiliario y Colegial de este Colegio Mayor.



Gerardo Martínez Pérez

Conocí a Gerardo Martínez Pérez aquí, en el Colegio del Rosario, a principios de febrero de 1915. Desde entonces me ligó con él una estrecha amistad que —debido a una de esas paradojas frecuentísimas en su vida— se convirtió en afecto casi fraternal desde el día en que estando yo, como colegial de número, presidiendo un estudio, lo condené con inusitado espíritu autoritario a una hora de calabozo en castigo de alguna truhanería con que él había provocado una risotada general.

Estudiaban entonces en el Colegio del Rosario: Darío Echandía, en quien maestros y alumnos reconocían unánimemente una inteligencia superior; Gonzalo Restrepo, que por esa época comenzaba a revelarse como un magnífico escritor; Manuel Serrano Blanco, que nos cautivaba a todos con su ingenio y con su prodigiosa memoria; José del Carmen